



INFANTIL





# **DOS AL VUELO**

**JUAN GUINOT**

• Ilustrado por: **MARIANO GRASSI**

Guinot, Juan

Dos al vuelo / Juan Guinot ; edición literaria a cargo de Inés Kreplak y Marcos Almada; ilustrado por Mariano Grassi. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015.  
68 p. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 20)

ISBN 978-987-3772-28-3

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, Inés, ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Grassi, Mariano, ilus. IV. Título  
CDD A863

Fecha de catalogación: 19/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

## ► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

———— **Ministerio de Cultura** ————

Franco Vitali  
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi  
Ministra de Cultura



JUAN GUINOT

MERCEDES, BUENOS AIRES, 1969. Licenciado en Administración, Psicólogo Social, Master en Dirección de Empresas. Trabajó cinco años en el Estado. Asistió al taller de Alberto Laiseca y estudia dramaturgia con Alejandro Tantañán. Relatos suyos fueron incluidos en antologías de cuentos y revistas en Argentina, Bolivia, Francia, Brasil, Puerto Rico y España. Colabora en medios

gráficos y radiales.

Publicó las novelas *2022-La Guerra del Gallo* (2012 finalista del premio Celsius de la Semana Negra de Gijón y adaptada a teatro), *Misión Kenobi* (2014 en Argentina y Chile) y *Descenso brusco* (1014). Administra el blog:

- [juanguinot.blogspot.com](http://juanguinot.blogspot.com)





MARIANO GRASSI

LA PLATA, BUENOS AIRES, 1974. Es diseñador gráfico e ilustrador. Formó parte del plantel docente de Lenguaje Visual, en la Facultad de Bellas Artes de La Plata, UNLP, y de Diseño Editorial e ilustración en la FADU, UBA. También fue Asistente de enseñanza del Departamento de Lengua Española, en Occidental College. Actualmente, Dicta talleres y colabora con la cátedra de

Ilustración en la carrera de Diseño Gráfico de la UBA.

Trabaja diferentes formatos como Libro-album, historieta, estampa, pintura, diseño e ilustración. Como ilustrador trabaja para agencias, empresas, editoriales y medios locales y del exterior. Diseña en la editorial Pequeño editor. Sus pinturas son parte de publicaciones y exhibiciones, colectivas e individuales en Argentina, Italia y España. Se puede ver su obra en:

- *marianograssi.com*

— **DRAGÓN CON HIPO** <



*Para la Mona, reina de esta selva*

El Dragón Mencho, desde hacía una semana, tenía hipo. Cada vez que el hipo lo sorprendía salía con fuego. Los amigos dejaron de invitarlo a jugar porque decían que les quemaría los juguetes.

Triste, se fue a la costa del mar, buscó un lugar de pura roca (para no quemar nada) y se puso a llorar. Las lágrimas de

dragón, como bien se sabe, son gigantes. Cuando, en medio del llanto, le salía una llamarada con hipo, la lágrima se hacía una nube de vapor que lo cubría de sombras.

Los lamentos de Mencho se escuchaban hasta debajo del agua y el Pez Piloto, atento a todo, asomó la cabeza, el Dragón se dio cuenta y se tapó la cara con las alas para que no lo vieran llorar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el Pez Piloto. El Dragón plegó las alas, lo miró a los ojos y le respondió:



–Mis amigos no quieren jugar conmigo porque –dejó de hablar abruptamente y una llamarada fue directo al mar. No le quemó la cabeza al Pez Piloto porque, como buen piloto, hizo galas de sus reflejos, anticipó la maniobra de Mencho y se metió bajo del agua– con este hipo quemó todos los juguetes.

–No te preocupes, sé dónde podés jugar. Seguime –el pez se sumergió en el mar.

El Dragón, ilusionado, se tiró de bomba al mar.

Abajo del agua, el Pez Piloto fue a su encuentro a toda velocidad y frenó de golpe porque vió que la cara de Mencho anticipaba la salida de un nuevo hipo. El Dragón abrió la boca y, en lugar de fuego, salieron burbujas.

Ante el descubrimiento, Mencho pintó una sonrisa que dejó a la vista los dientes filosos y liberó las últimas burbujas de aire que guardaba en la trompa. Subió a la superficie, llenó los pulmones de aire y volvió a sumergirse.

El Pez Piloto lo esperaba con una gran



noticia:

–Quiero que formes parte de nuestro equipo de fútbol. En un rato jugamos contra el equipo de las Tortugas Marinas. ¿Aceptás?

Mencho le dijo que sí moviendo la trompa arriba y abajo.

Cuando llegaron a la cancha, conoció a sus compañeros de equipo y cómo formarían: el Pulpo en el arco, la Manta Raya y el Dragón de defensores, el Tiburón de mediocampista y el Pez Espada de delantero.



El partido tardó en empezar porque las Tortugas Marinas se tomaron su tiempo para llegar a la chancha.

Mencho aprovechó para subir a la superficie y recargar aire.

El partido comenzó. El Tiburón, guiado por el Pez Piloto (quien no podía tocar la pelota porque era un partido de Fútbol Cinco y solo estaba para ser los ojos del tiburón), le dio un coleteazo al balón para habilitar al Pez Espada, quien, esquivando dos caparazones que le salieron al cruce, entró en diagonal al



área de las Tortugas Marinas, le dió un espadazo a la pelota y la pinchó.

El partido se detuvo.

–Si no solucionan esto en un minuto, pierden –dijo de muy mal modo la Tortuga Capitana, que no tenía nada de lerda y quería ganar el cotejo sin jugar.

Mencho aprovechó el entuerto para subir a la superficie y reponer aire.

Al regresar escuchó la solución que se le ocurrió a la Manta Raya:

–Amigos, usemos el corcho de esta botella –la Manta Raya, por nadar mu-

cho al ras del suelo marino, era una gran conocedora de las cosas que los humanos tiraban al agua y decantaban en el fondo del mar.

–Dale, mordé el corcho y tirá para atrás con fuerza –le indicó el Pez Piloto al Tiburón–. ¡Perfecto! Ya lo tenemos, pincha acá –le ordenó al Pez Espada.

El Pez Espada nadó a gran velocidad y perforó el corcho con la punta de su espada.

–Volvamos al partido –gritó el Pulpo desde el arco.



–Un momento, acá hay algo importante –alertó el Pez Espada, de cara a la botella.

El Pez Piloto, que es capaz de ver una aguja de erizo en medio de las algas, nadó a toda velocidad hasta la botella, pegó los ojos al vidrio, leyó qué decía la hoja metida adentro y gritó con entusiasmo:

–Es el mapa de un tesoro escondido.

–Esperen, no lo miren sin mí, ya vengo –dijo Mencho, mientras subía a gran velocidad para recargar aire.

Cuando el Dragón bajó (dejando una

estela de burbujas de su hipo), no solo se encontró con el mapa, sino con una decisión tomada:

–Lo hablamos con las Tortugas –dijo el Pez Piloto, mirando a Mencho– y decidimos que sos el candidato ideal para ir a la Isla del Tesoro. Ninguno de nosotros podría hacerlo más rápido que vos.

–Voy, pero –y no llegó a decir “mi hipo va a quemar el mapa” porque la boca se le llenó de burbujas.

–Sí, sabemos que tenés el temita del fuego –dijo la Tortuga Capitana que vol-



vió a demostrar que no tenía nada de lerda— por eso, pensé que lo mejor es que te lo estudies de memoria.

Los equipos de peces y tortugas se unieron, estiraron el mapa y se lo pusieron delante de los ojos. Mencho lo leyó y, antes de que se le acabara el aire de los pulmones, ya se lo sabía de memoria.

—Chau amigos, voy a volver con el tesoro —dijo con la reserva de oxígeno que le quedaba, mientras nadaba hacia la superficie dando coletazos y pataleos.

Mencho salió del mar, desplegó las

alas y, a los pocos metros de altura, soltó su primer hipo con fuego. No se puso de mal humor, en la cabeza solo tenía una cosa: descubrir el tesoro.

En menos de una hora, estaba sobrevolando la Isla y, para su tranquilidad, era de roca pura, ni siquiera se veía una ramita que podría quemarse con sus hipos llameantes.

Al descender, descubrió una gran cruz azul pintada sobre una roca.

Con las garras de las patas traseras, engarzó la roca, voló hacia arriba, se de-

©

tuvo en el aire y la tiró al medio del mar.

Descendió al lado del hueco (que quedó al descubierto al sacar la piedra) y vio un pozo hondo. Metió ahí dentro las patas delanteras, hizo fuerza y se detuvo porque, al contactar con el cofre, se dio cuenta de que era de madera.

Salió disparado hacia el cielo (por suerte), ya que lo sorprendió un hipo con fuego que, de habersele salido un segundo antes, hubiese quemando el cofre de madera con el tesoro adentro.

Tenía que pensar en algo, dio cin-



cuenta giros en redondo sobre la isla de roca y se le ocurrió una idea: si llevaba el cofre en la punta de la cola, bien lejos de su trompa, durante el vuelo de regreso, sus hipos de fuego no lo quemarían.

Descendió lentamente, metió la punta de cola en el pozo, envolvió el cofre y salió volando con aleteos de máxima velocidad.

Al llegar al punto de partida, lo esperaba el Pez Piloto. El pez dibujó un redondel en el agua y Mencho tiró allí el cofre.



Unos metros más alejado, el Dragón hizo un clavado y se sumergió en el mar.

Bajaron el cofre a la cancha de fútbol. Las Tortugas Marinas y los peces se arremolinaron alrededor del botín. Sobre ellos, asomaba la cabeza (y las burbujas) del Dragón.

El Pulpo puso sus ocho tentáculos a la obra y abrió el cofre. Los destellos de las joyas que había escondidas enceguecieron a todos, menos a Mencho, quien vió entre tanto lujo, un frasquito tapado, con una etiqueta que decía:

“Poción Mágica. Sirve para un deseo”.

Mientras los demás recuperaban la vista para dedicarla por completo a los brillos de oro, plata y rubíes, Mencho estiró el cogote, mordió la botella con sumo cuidado y fue con ella hasta la superficie. Con la cabeza fuera del agua, sacó (hábilmente) la tapa con la lengua y, antes de tragar la poción mágica dijo:

–Deseo que se me cure el hipo –y tragó el contenido.

Se quedó un momento flotando, juntó aire en los pulmones y se sumergió para



ir a contarles a sus nuevos amigos que se había curado el hipo.

Los Peces, al enterarse de la buena nueva, lo celebraron, pero inmediatamente se dieron cuenta de que si Mencho ya no padecía hipo con fuego, volvería a jugar con sus amigos afuera del agua y los abandonaría.

Las únicas que seguían sonrientes eran las Tortugas; si Mencho se iba, recuperaban chances de ganar los partidos, ya que, lo poco que jugaron, les bastó para comprobar que el Dragón

era un defensor imposible de pasar con la pelota.

—¿Por qué ponen esas caras? —salió Mencho al cruce—. Con ustedes, aprendí que los amigos están en las buenas y en las malas, y descubrí quiénes estuvieron a mi lado con y sin hipo. Yo voy a seguir jugando en el equipo de fútbol de los peces.

Los peces se le fueron encima, le dieron aletazos y hasta la Manta Raya —pasada de emoción— le pasó una descarga eléctrica que, por suerte, solo le dio un



leve cosquilleo.

Las Tortugas Marinas cambiaron radicalmente la cara. Se pusieron serias, parecían muy enojadas.

–Bueno, entonces nosotras, con nuestra parte del tesoro, vamos a comprar el pase del Hipopótamo al equipo de la Selva –dijo la Tortuga Capitana, de nuevo, ni lerda ni perezosa.

–No, con este tesoro vamos a hacer una cancha de fútbol profesional y vamos a comprarle un traje de buceo a él –intervino el Pez Piloto y señaló a Men-

cho— para que pueda estar todo el partido abajo del agua.

—Pero si el Hipopótamo quiere venir...  
—insistió la Tortuga.

—Que venga —dijo Mencho— mientras más amigos quieran jugar con nosotros, mejor la vamos a pasar.

Y esa misma tarde, con el sol filtrando rayos azules y turquesas debajo del mar, se jugó el primer partido de fútbol de los peces y las Tortugas de Mar.

El Pez Espada hizo los tres goles del triunfo y El Pulpo terminó el cotejo con

©

el arco invicto.

Fue el partido inaugural de la Liga de Fútbol Marina y todos en el mundo marino lo recuerdan bien porque fue el debut de Mencho, el Dragón que tenía hipo.





— LLANTO AL HIPERESPACIO



*Para Cyrano y sus viajes  
más allá de la luna*

Marcelo tenía todo preparado para partir. La madre, desde el balcón, medio escondida detrás de las ramas de un Ficus, lo miraba, conteniendo (precavidamente) sus lágrimas.

La nave de la *Star Mars* aterrizó en la puerta de la casa de Marcelo a la hora acordada. Una puerta lateral se abrió,

del interior salió una escalerita, Marcelo la subió y entró al transportador. La escalera se plegó y la puerta se cerró. El aparato, haciendo un leve zumbido, subió vertical y se perdió entre las nubes.

La madre de Marcelo permaneció en silencio, mirando el cielo. Lloraba sin parar, de la emoción, porque su hijo partía para hacer lo que más quería. Las lágrimas le brotaban de sus ojos como chorros de una fuente de plaza.

Que a la madre le brotara llanto caudaloso ante una situación conmovedora



era algo típico de la familia: el padre de su madre (su abuelo), la madre del padre de su madre (la bisabuela) y el padre de la madre del padre de su madre (su tatarabuelo), habían llorado la vida cada vez que algo les tocaba el alma.

¡Y cómo lloraban!

En el pueblo donde fueron pioneros, hacían emocionar al Tatarabuelo en época de sequía para juntar agua en el aljibe.

Una vez, la madre llevó a Marcelo a ese pueblito y le mostró al hijo como su Ta-

tarabuelo tenía un monumento del cual salía un chorrito de agua de cada ojo.

Fue tan importante lo que hizo por sus vecinos que al poblado (antes se llamaba La Seca), le pusieron de nombre La Llorona.

Desde hace muchos años, todos los meses de enero se hace un día entero de llanto, donde la principal atracción es la visita de la madre de Marcelo. Los pueblerinos cuentan por los parlantes anécdotas de los pioneros, la hacen emocionar y ella llora, mientras los cincuenta



pobladores de La Llorona la aplauden a rabiar (y juntan sus lágrimas en baldes para cargar el aljibe).

Te cuento lo de las lágrimas porque tiene que ver con Marcelo y la *Star Mars*.

Vamos por partes.

Como habrás notado (sino, no te preocupes, te lo cuento) la herencia del llanto a mares (y por acción de algo que aflore sentimientos) es hereditaria y va de hombre-mujer-hombre-mujer-hombre. Entonces, si a la mamá de Marcelo le tocó ser un llanto en vida, el here-

dero de ese don de llanto no puede ser otro que Marcelo.

Ni bien salió de la panza de la mamá, lloró tanto, pero tanto (y no me olvido de la madre, quien sumó su parte de caudal) adentro de la sala de parto, que tuvieron que llamar a los Bomberos Voluntarios y al Club de Pescadores para evacuarlos en lanchas.

Era de locos. Marcelito no paraba de llorar. Los papás decidieron armar, en la casa, un circuito de embudos, caños plásticos, baldes y tanques (que, una



vez por día, retiraban los Bomberos para llenar los autobombas).

A medida que fue creciendo, se mostró como un chico duro, de pocos sentimientos, insensible, calculador, frío, hiper-recontra racional. Esa fue el arma que le enseñó la madre para sobrellevar esa extraña condición.

Pero, un día, con sus amigos de 5° Grado y los padres, fueron a ver a Boca.

Viajaron a Buenos Aires en tren.

A la Bombonera llegaron pocos minutos antes de que empezara el partido.



Subieron corriendo las escaleras, las paredes de cemento temblaban, los cantos eran ensordecedores. Ni bien pisaron el último escalón, ante sus ojos emergió el pasto verde, más los cuatro laterales del estadio, colmados de hinchas, multicolores. Marcelo sintió un leve cosquilleo en la panza, el papá lo miró fijo, advirtiéndole con ese gesto que debía controlar lo que, al segundo, cuando salió el equipo de Boca y, entre papelitos, el estadio rugió. Eso lo hizo emocionar y largó un copioso llanto. Marcelo lloró



tanto que el partido ni siquiera pudo empezar porque la cancha era una laguna y el árbitro dijo que él se iba a su casa porque le pagaban para arbitrar fútbol y no Water Polo.

Las caras tristes de sus amigos (y las ropas empapadas), le hicieron entender, tempranamente, que tendría que buscar otros rumbos, lejos de la ciudad que lo vio crecer.

Esa misma noche, en la que no pegó un ojo (porque estaban empapados y ya no quedaban más toallas en la casa para

secarlos) fue que, mirando el cielo, dijo: “Me voy a ir de este Planeta”.

Al día siguiente, mientras tomaban el desayuno en el jardín escarchado (tuvieron que desayunar afuera, tiritando de frío, en la casa no se podía estar si no tenías equipo de buzo, había un metro y medio de agua acumulada con tanto llanto), les dijo a sus padres: “Voy a ser astronauta”.

La mamá miró al sol, como diciendo secame de una vez el agua de los ojos que este pibe me va a hacer llorar tanto



que me voy a terminar ahogando.

El papá lo alentó, le confesó que él siempre había querido ser astronauta y le contó lo de la *Star Mars*, la empresa multinacional, instalada en Siberia, que estaba reclutando jóvenes para viajar a Marte. “Esto es serio, será un proceso duro, con una gran exigencia en las ciencias y matemática y...”. Y le dijo un montón de cosas más para generarle temor, así no se emocionaba. Cosas que Marcelo no escuchó porque la sola mención de la palabra “matemática” lo puso

muy serio.

Durante las vacaciones de invierno, mandó la *Solicitud de Astronauta* y empezó a estudiar.

El chico, metido en la formación, se alejó definitivamente de las cosas que los sensibilizaban, dejó de ver los partidos de Boca, volvió a ser completamente pensante y sin sentimientos. La casa, esas dos semanas, estuvo seca como nunca en la vida.

Eso sí, quien aguantaba el llanto fue la mamá. La emoción estaba por desbor-



darla, no podía creer que su chiquito se le iba a ir así, de un día para el otro, a conquistar el Espacio. Para no inundar la ciudad y ser el origen de un desastre, decidió irse a La Llorona, donde lloró a gusto, para alegría de los cincuenta aldeanos quienes, por más que no era Enero, decidieron armar una Fiesta del Llanto de Invierno y llenaron el aljibe.

La madre recibió el llamado de su esposo. Le dijo que estaban por pasar a buscar al hijo. Ella pegó la vuelta. El marido la esperó en la terminal donde le

puso la máscara que ella usaba para ver novelas (una antiparra de snorkel, con tubito invertido para drenar el llanto y juntarlo en unos tanques que, también se llevaban los bomberos).

Ella decidió verlo partir, como te conté antes, desde el balcón, tapada por las ramas del Ficus. No debían cruzar miradas tristes, nada de conmovearse mutuamente, madre-hijo, la combinación de llantos, podía hacer de la ciudad un mar de lágrimas.

Marcelo subió a la nave, la nave subió



al cielo, bien alto. El chico, por la ventanilla redonda, vio como se hizo de noche y, en minutos, descendieron en la base recontra secreta en Siberia.

El curso de admisión fue una papa. Había estudiado tanto, pero tanto, que lo que menos le costó fue matemática. Y estaba tan, pero tan alejado de la sensibilidad que, con holgura superó los ejercicios de dar vueltas adentro de una bola de metal a mil kilómetros por hora, meterse en una pileta para soportar la presión, vivir por días en una cámara



sin fuerza de gravedad.

Quedó seleccionado para pilotar la nave que viajaría, por vez primera con un humano y al Espacio.

Llegó el día del despegue.

Mientras se hacía la cuenta regresiva, revisó los pocos botones del Cohete Flecha de Plata y repasó las acciones, nada complejas, que tenía que efectuar.

Dijo, a viva voz (mientras desde la base iban por el 6, 5, 4, 3): “apretar el botón verde no el azul que es para propulsión al hiperespacio”. Calló. Oyó el “1, 0”, el



Cohete Flecha de Plata se sacudió, sintió un cosquilleo en el pecho, se acordó de la mamá, del papá, como no lo había hecho en ningún otro día desde que había salido de casa, hacía cinco meses atrás.

Estremecido por el Espacio que, colmado de estrellas, planetas, lunas y meteoritos, veía a través del vidrio de la cabina del cohete, le pasó lo que no debía pasarle, le afloraron los sentimientos, se emocionó y empezó a llorar.

Primero fueron gotitas que le salieron de los ojos como los aspersores que rie-

gan el césped de los parques, y después gotones redondos y bien cargados que se pegaron en el vidrio de la mirilla del casco, del lado de adentro.

Se pasó la mano enguantada por fuera del casco. Fue en vano, la mirilla curva estaba empañada.

Marcelo sabía que no podía sacarse el casco porque no había oxígeno en la cabina, en esa fase inicial del viaje. Sin dejar de llorar, dijo a Base, en tono quejoso: “¿Por qué no inventaron un casco con limpiaparabrisas del lado de adentro?”.



En la Base no le respondieron (pensaron que era una humorada del joven-cito).

Lo que sí hicieron desde la Base, fue recordarle que debía accionar el botón para dar el impulso al Cohete Flecha de Plata que lo conduciría a Marte.

Marcelo estiró la mano e intentó ver el tablero. No veía nada. A tientas, golpeó con la mano un botón que no fue el azul, sino el verde y activó el salto al hiperespacio.

Esa velocidad resultaba de una nue-

va tecnología todavía no desarrollada, que habían puesto en el Cohete Flecha de Plata por una cuestión de costos (le salía más barato con dos velocidades: botón verde-velocidad sistema solar y botón azul-salto al hiperespacio).

Los científicos nunca pensaron que esto podría pasar. Al armar el Programa de Formación de Astronauta, olvidaron incluir los sentimientos.

En Base Siberia, todavía descolocados por haber perdido en los radares al Cohete Flecha de Plata, hubo quien, al



revisar los sensores colocados a Marcelo, dijo “Era como yo decía, tendríamos que haber mandado un robot, el Espacio no es para los humanos”.

Ni bien terminó de hablar, la voz de Marcelo apareció por los parlantes de la Base. Se la notaba como congestionada, así, como cuando llorás mucho y querés hablar, bueno así, se oía.

–Me escuchan.

–Sí, sí, Astronauta Marcelo, estamos felices de escucharlo –respondió excitado el mismo científico que, hacía un

momento, dijo creer en los robots para la conquista del espacio—. Diga, dónde está, no lo captamos en los radares.

—Esto es maravilloso, es un planeta tan, pero tan lindo —dejó de escucharse no porque se cortara la transmisión que era limpia, sino porque Marcelo se sonaba los mocos.

—Astroanauta, active el buscador espacial para que lo detectemos.

—Ya lo hice, hace diez horas —la felicidad, como el llanto, no se ocultaban en la voz de Marcelo.



–¿Diez horas? Si salió hace cinco minutos.

–Esto es tan bonito, tienen que venir, acá los Gemelianos...

–¿Geme qué?

–Aterricé en los Planetas Gemelos, dos planetas, uno en frente del otro, iguales a nuestra Tierra, pero diferentes, ¡Ay, no saben! –suspiró entre sollozos.

–Astronauta, explíquese, no entendemos.

–Los Gemelianos lloran de emoción y no lo esconden... Sí, ya voy –gritó con la



voz quebrada, claramente hablando con otros que no eran sus interlocutores en la base de Siberia—. Acá estoy, no saben, el piso es de pasto verde, el agua nunca falta, nadie deja de llorar cuando siente ganas de hacerlo.

—No se preocupe, mantenga la calma, el mes que viene mandamos un robot de rescate en el Cohete Flecha de Palta Dos.

—Por mi ni se molesten.

—Pero...

—Escuchen, estaba pensando, sería



un pequeño paso para el hombre, pero un gran paso para la Humanidad que se sepa que se puede construir una civilización donde se integre la Ciencia y los Sentimientos. Ellos dicen que podrían ayudarme a sumar imagen a mi voz, así, ustedes, la mostrarían al Mundo entero, sería algo hermoso, ¿no creen?

Los científicos del Proyecto *Star Mars*, los hombres más inteligentes del mundo, no abrieron la boca, se miraron entre ellos, sin entender.

Quien antes había dicho eso de que

los robots eran mejores para andar por el Cosmos, se puso de pie, miró al encargado de las conexiones y, con la boca cerrada, se pasó el dedo índice por el cuello. El otro, entendió la mímica de su Jefe y cortó la comunicación. Dejó el rol de mimo para hablar al equipo de la Base Siberia:

–Colegas, lamentablemente, hemos perdido comunicación con el Cohete Flecha de Plata. Por favor, informen a la prensa del triste desenlace de la travesía y anticipen que *Star Mars* anun-



cia el lanzamiento del Cohete Flecha de Plata Dos para finales del mes que viene, donde debutará el primer astronauta robot fabricado en la *Star Mars Inc.* Por favor, no olviden enviar esta noticia a la Bolsa de Valores ¡El precio de las acciones de *Star Mars* subirán hasta Marte!

Los científicos, lejos de entristecer, en ese mismo momento, empezaron a ocupar sus mentes en la planificación del nuevo lanzamiento.

Al otro lado del espacio, en uno de los Planetas Gemelos, Marcelo se dedicaba

por entero a recibir el afecto de los gemelianos. A sus pies, producto de la irrigación de su llanto, habían crecido siete tréboles de cuatro hojas.

En la fiesta no faltó comida ni música. Cuando el festejo fue cediendo en intensidad y, cada uno, con sus llantos, volvió a sus tareas comunitarias (estaban quienes trabajan en el campo, en comercios y en talleres), un grupo de ancianos le enseñó al pequeño terrícola donde iba a terminar los estudios.

De camino a un edificio de una sola



planta, en forma de rombo, que tenía paredes de vidrios y, donde lo esperaban ansiosos chicos y chicas de su edad, los ancianos le dijeron que iba a poder conectarse con sus padres, y que, si todo seguía su curso natural, percibían que, pasada la estación crepuscular, a comienzos de la estación de la noche, irían juntos a visitar la Tierra.

Después de oírlos, Marcelo rió y lloró; los ancianos también. Sobre el suelo de uno de los Planetas Gemelos, brotaron nuevas plantas de hojas verdes.



AUTORIDADES

---

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA

Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE

Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS

SOCIOCULTURALES

Franco Vitali

